

**RIO NAIRANJANA**

Archipiélagos de nubes se desplazaban presurosos. La tarde menguaba mientras el fulgurante Sol rodaba hacia abajo buscando el filo de la inmensa planicie para lanzarse al abismo.

La caravana llegó al río Nairanjana donde las bestias saciaron su sed y los hombres se dieron un refrescante baño. Acamparon allí y en la noche encendieron fogatas para alejar serpientes y fieras.

Sidarta, después de ayudar eficazmente en todas las labores, y cuando todo estuvo en silencio, se sentó, cruzó las piernas, su columna recta y se quedó inmóvil como una roca.

Mientras la Luna llena nadaba en el mar de las nubes, Sidarta meditaba. Tapusa lo observaba curiosamente.

Llegada la media noche no se había movido y fue interrumpido por Tapusa quien al verlo tan quieto le dijo:

—Joven, debes refugiarte en la carreta pues en la madrugada soplarán ventiscas congelantes que te harán trepidar los huesos.

Esta llanura en el día la quema el Sol y en la noche es refrigerada por la Luna. ¿Acaso no sientes miedo de esta soledad?

Sidarta le respondió: —El miedo no existe para el que está atento con su pensamiento libre de sensualidad, con su mente libre de agitaciones, más allá de lo bueno y lo malo. Además la soledad crea la grandeza de espíritu.

—Joven, no sé quién eres pero hay en ti sabiduría; por eso pido disculpas por las frases poco dignas que te dijo mi compañero Baltika; todos los tercos se creen genios, y solo hablan mucho los que hablan mal, porque tienen poco para decir que valga la pena.

Sidarta Le respondió —No es nada, debemos aceptar a los hombres tal como son, no como debieran ser. Nunca he encontrado una persona de la cual no tenga algo que aprender.

—Por otro aspecto, no importa lo que digan, bien o mal, de uno: Así como la roca compacta no tiembla con el viento, así no debemos conmovernos ni con el reproche ni con la alabanza.

—Debemos vivir libre de agresividad entre los agresivos, libre de inquietud entre los inquietos y libres de codicia entre los codiciosos. Pensad bien de quienes te hacen mal y ese amoroso pensamiento será vuestra mejor defensa.

—Son sabias tus palabras —dijo Tapusa— pero, ¿cómo puede ser feliz alguien que no ha triunfado ni a conquistado nada? Los hombres sin deseos son candiles apagados.

Sidarta le respondió: —La inquietud del corazón nace de la multitud de deseos; por tal motivo el hombre debe medir su esclavitud por la cantidad de cosas y apegos que posee. El único deseo del sabio es la ausencia de deseos.

—Los que ganan victorias atraen envidias y odios, y los que pierden viven apenados. Despreocupándose de victorias y derrotas vive uno sereno y feliz. De acuerdo con esto, ser sencillo es ser grande.

—Lo que dices parece una verdad —dijo Tapusa—, pero no es así. Conozco mercaderes que son ambiciosos hacen el mal y viven en la riqueza gozando del mundo, y veo hombres buenos, como tú, que viven en la pobreza.

—Pocos son los que en este mundo ven claro —Explicó Sidarta:

—Aun el malo posee felicidad mientras no madura su falta, pero cuando madura entonces el malo recibe la desdicha; y aun el bueno posee desdicha mientras no maduran sus buenas acciones, mas, cuando maduran, entonces el bueno encuentra felicidad y paz.

—Por tanto no tengáis por poca cosa una acción mala pensando: “consecuencias no traerá para mí”; el cántaro se llena gota a gota y luego se desborda. Por tanto la acumulación de muchos males, aunque sean pequeños, produce una gran desdicha.

—Por lo anterior —continuó Sidarta—, tampoco tengáis por poca cosa una buena acción pensando, “consecuencias no tendrá para mí”. El gran río se forma con pequeñas gotas de lluvia; así mismo la acumulación de pequeñas obras buenas llegará a producir una gran felicidad.

—Ni en el aire ni en el mar, ni en lo más profundo de la cueva de una montaña se encuentra aquel lugar donde alguien pueda escapar de sus buenas o malas acciones, —terminó diciendo Sidarta, el enigmático mendigo.

Tapusa se quedó en silencio por un momento y luego interrumpió:

— ¿Dónde está o quién es aquel Dios que está pendiente de juzgar y cobrar, o abonar las buenas o las malas acciones?

Sidarta le respondió —Los frutos de las buenas o las malas acciones no van a ningún dios, los llevamos dentro de nosotros mismos y nos persiguen como nuestra propia sombra. Nos siguen como la carreta sigue los pasos del buey.

—No es posible obrar negativamente sin obtener frutos negativos, y, sin falta alguna, quien obra positivamente cosechará frutos positivos. Es una ley que nunca falla y siempre obra.

—El día de dar frutos nuestras acciones lo hacen por su propio peso, sin la intervención ni juicio arbitrario de ningún dios.

Como el polvo fino que se lanza contra el viento, el mal se devuelve contra quien lo hizo por una ley natural y eterna y no por la voluntad de un dios.

—Aquello que sembramos algún día recogeremos; porque no hubo un tiempo, por antiguo, que nosotros no existiéramos; ni habrá un futuro, por lejano que pareciese, en el cual nosotros dejáramos de ser.

Tapusa, un poco desesperado, le inquirió: —A veces uno es obligado a hacer el mal, la gente lo impulsa; las costumbres, la necesidad, uno no puede tener la culpa de todo.

Sidarta respondió con calma: —cada cual es responsable de sus actos y cada uno recibe el fruto de sus propias acciones.

Tu mala acción no ha sido hecha por tu madre ni por tu padre ni por tu hermano, ni por tu hermana, ni por tu amigo o compañero, ni por tu pariente o allegado, ni por los sacerdotes o gobernantes, ni aun por las divinidades.

—Tú mismo eres quien hace las buenas o malas acciones y tú mismo recibirás el fruto. Cada cual atiza las llamas de su propio fuego.

—A la hora de la muerte, ¿qué pueden hacer por ti tu madre, tu padre, hijos, hermanos, parientes o allegados, compañeros o amigos, maestros, gobernantes o divinidades? ¡Nada! El único que puede hacer todo por ti, eres tú mismo.

—Uno mismo hace el mal, uno mismo se corrompe, uno mismo deja de hacer el mal y uno mismo se purifica. El bien y el mal existen por uno mismo.

El digno sufre pero su dignidad lo consuela, en cambio el malo goza pero su maldad lo acecha.

—Es muy fácil hacer el mal y es muy difícil hacer lo bueno y saludable. Es fácil echarles la culpa a los demás y es fácil ver los defectos del peregrino.

—Es fácil reclamar a un dios una gracia que no se merece, pero es difícil comprender que el esfuerzo lo tiene que hacer cada uno. Los maestros sólo enseñan el camino, pero cada cual deberá recorrerlo por sus propios medios; los sabios ayudan a levantar la carga, pero no a llevarla.

Tapusa se quedó quieto en completo silencio y, únicamente después que empezó a sentir los vientos huracanados plagados de frío, invitó a Sidarta a entrar en la abrigada carreta.

La Luna, después de haberse bañado en el río Nairanjana, vertió su blanco soñar sobre los cansados viajeros.

## BALTIKA

Las durmientes horas transcurrieron en silencio. Cuando la aurora, con su escoba divina, barrió las tinieblas, la caravana continuó su largo viaje; y, antes que el Sol rozara el cenit, la espinosa llanura había quedado atrás.

Ya se divisaba un poblado lejano y la vegetación era exuberante. Se observaba cabras, corderos y uno que otro aldeano. Sidarta observó un bosquecillo y le rogó a Tapusa que lo dejara quedarse allí.

Baltika se opuso diciendo: —Debes trabajar para pagar el viaje. ¡Quédate! Eres fuerte y puedes trabajar conmigo; te pagaré bien y te enseñaré de caballos; yo soy quien más sabe de ellos en esta región, los crío y los vendo.

Baltika no paró de enseñar:

—Existen caballos para alimento, de tiro, de carreras y caballos celestiales.

— ¿Cuáles son los caballos celestiales?—Preguntó Sidarta.

—Son inmortales —le contesto Baltika y continuó: —Solamente existió uno en esta época, se llamaba Kantaka, fue un regalo del Brahma al poderoso rey Sudodana cuando nació su único hijo. Estaba forrado en oro y joyas preciosas.

— ¿Y donde está ese caballo Kantaka?

—**Voló en una nube a la región celeste cuando el príncipe murió y volverá teñido de negro cuando nazca otro príncipe.** Como lo acabas de ver, yo conozco todo sobre caballos, y sobre cualquier otra cosa, nadie sabe más que yo —terminó Baltika con su cátedra.



—Gracias por tu ofrecimiento —le contestó el príncipe y agregó: —Tu noble acción será recompensada. —De inmediato se alejó lentamente.

— ¡Regresa, tonto, quizás te venda un caballo viejo para que sea lo primero que poseas en tu miserable vida!

— ¡Cállate! —Le ordenó Tapusa, y agregó—: Tú no puedes entender que la sencillez crece en proporción a la grandeza. ¿Aún no te has dado cuenta que ese humilde hombre es un santo?

Estas últimas palabras produjeron un fuerte golpe en el corazón de Baltika el cual, calladamente, vio como se internaba el mendigo sabio en el bosquecillo. Ya no lo volvería a ver.

Recordó su última, dulce y penetrante mirada con la cual se despidió el joven, y desde entonces un extraño presentimiento hizo nido en su mente.

El experto domador de caballos sentía algo que no podía descifrar; sintió un vacío imposible de llenar; los ojos dulces y extraños del mendigo sabio le decían algo muy grande, y una onda de extraña clase de amor, que nunca había sentido, lo invadió.

En tanto Sidarta caminó durante el resto del día hacia un lugar solitario. Quizá ningún ser humano lo volvería a ver, él mismo pensó en no regresar hasta no haber resuelto sus dudas.

Además se sintió débil, muy débil. Sus pies temblaron.

Tantos años de sacrificios habían minado su cuerpo a tal extremo que él mismo se dio cuenta que no podía avanzar más y reconoció su fracaso.

—Fui —pensó— más estricto que ninguno en las mortificaciones y de esta forma acabé con el cuerpo tan útil y necesario. Ahora lo necesito más que nunca, pero las consecuencias de mis maltratos dejaron su fruto amargo y mi muerte es inevitable. ¡He fracasado por completo!

Se sintió solo, angustiado, y únicamente las sombras de la noche acudieron para hacerle compañía. Sólo escuchaba los melodiosos ecos del silencio y un canto extraño del más allá que lo llamaba insistentemente.

## LA ÚLTIMA DECISIÓN

Ha llegado el momento más grandioso para la humanidad doliente, esperado con ansias por los pasados siglos pero fecundo para toda la eternidad.

En las regiones celestes los Devas vibraron con la música de los astros, ondas de alta armonía espiritual saturaron la superficie terrestre como lluvia de flores luminosas que dejaban suaves aromas de salud, paz y amor.

En las profundidades abismales se escuchaban rugidos demoníacos estremecedores. El rey de las potestades tenebrosas puso su contraparte lanzando a la tierra tempestades de maldad y venganza.

Todas las fuerzas del infierno contaminaron el ambiente con asfixiantes vapores de muerte, guerras y odio.

En el alto cielo se escuchaba un susurro de esperanza que decía: “¡Príncipe!, Ha llegado la hora de tu liberación”.

Y en el profundo abismo se oyó una blasfemia que condenaba: “¡Mendigo! Llegó la hora de tu fracaso definitivo”.

En tanto, en la Tierra un agotado hombre difícilmente había llegado hasta la sombra de un milenario y frondoso árbol Bodi; se detuvo allí, sus fuerzas físicas lo habían abandonado completamente, no tenía reservas para dar un paso más.

Se sintió sobrecogido por unos negros y sutiles brazos; se trataba del abrazo de la noche quien venía a darle el postrer adiós de despedida.

Sabemos que los obstáculos se acrecientan cuando nos aproximamos a la meta. Pero a Sidarta lo amenazó una barrera infranqueable, la mayor de todas: La muerte.

Presintiendo el príncipe el final de su vida, se sentó, cruzo los pies, la espalda recta, cabeza al frente, respiración consciente y, en un acto de voluntad suprema, tomó una decisión final comprometiéndose para sí:

**“AUNQUE MI SANGRE SE EVAPORE,  
MI CARNE SE RESEQUE  
Y MIS HUESOS SE CALCINEN,  
NO ME MOVERE DE ESTA POSTURA  
HASTA NO HABER ALCANZADO LA VERDAD”.**

